

EVA G.^o SÁENZ DE URTURI



LA SAGA DE LOS LONGEVOS

3

EL CAMINO DEL PADRE



EVA GARCÍA SÁENZ DE URTURI

LA SAGA DE LOS LONGEVOS

• 3 •

EL CAMINO DEL PADRE

GUNNARR

Diciembre, Nueva York

«¿Merece la pena la longevidad extrema si hay que recorrerla siempre huyendo o escondido? Esto es una lejana definición de vida, pero no es vida», se dijo Gunnarr mientras miraba, cada vez más impaciente y preocupado, el cuerpo inerte de Adriana.

La esposa de su padre yacía sobre una fría mesa de acero inoxidable. La temperatura de su piel había bajado varios grados a lo largo de las últimas horas. Un alarmante tono verdoso había comenzado a invadir las yemas de sus dedos, anunciando una hipoxia que no podía seguir avanzando. No debía seguir avanzando.

Le palpó la mandíbula, aún blanda y dócil.

«Todavía no hay *rigor mortis*», se convenció, en un inútil intento por controlar su angustia. Porque no podía, no aceptaba la aterradora idea de que pudiese ser él quien había matado a Adriana Alameda Almenada.

—¡Vamos, *stedmor*! No me hagas esto, deberías estar ya despierta. Este no es lugar para ti —le susurró al oído, acariciando aquella melena lisa con la voz con la que se les habla a los niños pequeños.

Gunnarr echó un vistazo inquieto a su alrededor. No había más cadáveres sobre las mesas metálicas, pero quería llevarse cuanto antes a Adriana de aquella fría sala blindada de baldosas blancas.

Se sacó del bolsillo el reloj de faltriquera que le talló su tío Nagorno, levantó la tapa de oro —finamente repujada con el relieve de un fiero oso— y lo miró una vez más, desazonado, calculando las horas que habían pasado desde la última vez que le administró los polvos de Skoll. Gunnarr se había encargado de llevar el cuerpo de Adriana a la morgue de la lujosa clínica privada elegida por Nagorno para llevar a cabo el trasplante del corazón de Madre, mientras el equipo de cardiólogos operaba a su tío bajo la supervisión de su padre.

Cuando supo que finalmente todo había salido bien y que Nagorno, una vez más, sobreviviría, le hizo un discreto gesto a Marion Adamson y la puso al día en el jardín de diseño de la clínica, un pequeño y discreto edificio en forma de cruz a las afueras de Nueva York. Entre setos y cuidados bonsáis decidieron no volver a contactar entre ellos; ambos eran conscientes del peligro que entrañaba una simple llamada y de que, muy probablemente, ya los estaban vigilando.

Al cielo de aquel día de invierno le faltaba luz. Gunnarr vio desaparecer entre el laberíntico jardín zen a aquella Hija de Adán y después alzó la mirada a la nube blanca que lo cubría todo. Respiró pesado, dejó entrar el aire frío en sus pulmones.

«Hoy nevará —vaticinó el hombre del norte que llevaba dentro—. Podría ser un buen día para morir. Pero no todavía. No todavía».

Sintió un leve estremecimiento cuando los primeros copos le mojaron el pelo. En pocos minutos, el césped del jardín recibió un ligero manto blanco y el verde desapareció bajo la nieve. A Gunnarr le pareció un aviso de las Nornas, un presagio del peligro blanco que venía a por todos ellos.

«El silencio blanco», pensó cuando se dio cuenta de que no se oía nada a su alrededor. ¿Cuántas veces lo había oído antes? Un momento suspendido en el tiempo antes de una batalla como la de Hastings, una masacre como la de Tiananmén o un magnicidio como el de Allende segundos antes de que entrasen los militares.

El silencio blanco siempre precedía a las grandes desgracias. Su padre, Urko, le había enseñado a detectarlo hacía ya demasiados siglos como para saber que no había equivocación posible.

Así que se internó una vez más en las entrañas del edificio y bajó a toda prisa por la escalera de incendios con un único pensamiento en mente: despertar a Adriana, llevársela a su padre para que comprendiera que estaba viva y preparar un plan de huida para toda la Vieja Familia.

Más tarde llegarían las negociaciones con los Hijos de Adán, si es que accedían a escuchar. Primero tenían que escapar y ponerse a salvo. Todos ellos. Al matar a Madre, su padre los había convertido en malditos dentro de una estirpe ya maldita.

Había pagado cien dólares a un joven enfermero encargado de la morgue para que esperase fuera y fingiese no haber visto nada. Pese a ello, Gunnarr miró por encima de su hombro, desconfiado, antes de acercar la oreja al torso de la chica cuyo cuerpo continuaba sin dar señales de vida, pero no escuchó ningún latido.

«Tal vez erré en las cantidades. Tal vez calculé mal su peso. A Sunna también le ocurrió, casi creí que la perdía, y en cambio... Vamos, Gunnarr. Tal vez haya llegado por fin el momento de destapar la verdad».

Antes de marcharse, dio instrucciones al muchacho de la puerta para que no dejase pasar a nadie al depósito de cadáveres. El chico asintió mientras acababa con una barrita de cereales con chocolate.

«Tienes que reanimarla, Gunnarr. Tienes que reanimarla o has perdido a padre para siempre».

Subió de nuevo corriendo la escalera de incendios, desesperado, y se dirigió al ala sur, a la habitación donde su padre descansaba después de la operación.

Su abuelo Lür había pedido que le administrasen un tranquilizante. Una vez acabado el trasplante, su padre había sufrido un ataque de ansiedad y lo habían ingresado también. Pero Gunnarr confiaba en que se hubiera repuesto ya, y si alguien podía desper-

tarla, ese era él; más que cualquier otro médico, más que cualquier experto. Le diría la composición de los polvos que le administró, la dosis exacta, las horas transcurridas desde la última toma.

Recorrió los pasillos, disimulando sus prisas cuando se cruzó con varios doctores y algún enfermero empujando a un paciente nonagenario con un batín de seda, que dormitaba en su silla de ruedas de última generación. Todo en aquella clínica parecía diseñado para crear una atmósfera relajada entre sus adinerados y exclusivos enfermos: las luces azules de los corredores, que emergían tenues desde el suelo hacia el techo; la música ambiental de Ludovico Einaudi, que relajaba el aséptico espacio con un piano en estado de gracia y le daba a aquel hospital de ricos el barniz entre épico y melancólico de las películas de los años cincuenta.

Pero cuando entró en la habitación no encontró a su padre, sino a una mujer de la limpieza, tan silenciosa como ausente, retirando mecánicamente las sábanas usadas.

—¿Dónde está el paciente de esta habitación? —le gritó Gunnarr, sin poder reprimirse.

Una enfermera de espalda muy recta le contestó desde la puerta con voz preocupada:

—¿Es usted familiar del enfermo?

—¿Dónde está? —insistió Gunnarr, sin contestar.

—Necesitamos que lo localice para que nos firme el alta voluntaria. Un celador lo ha visto saliendo del edificio con la mujer morena que lo acompañaba en la habitación. Allí les hemos perdido la pista; nos consta que no han traspasado la entrada del recinto de la clínica, ya que está siempre vigilada por nuestros guardias de seguridad. Deben de estar en el jardín o en nuestras zonas de esparcimiento, pero no logramos localizarlos. ¿Podría llamar a su pariente y pedirle que vuelva para formalizar sus papeles y pagar la hospitalización? En caso contrario, nos veremos obligados a...

Pero la enfermera no pudo terminar de hablar.

De repente, las paredes temblaron durante una décima de segundo. Las luces se apagaron un instante y el estruendo de una tremenda explosión estalló en sus oídos.

GUNNARR

Diciembre, Nueva York

La voz de la enfermera, que se protegió el cuerpo con los brazos en un acto reflejo, se quebró en algo parecido a un grito de horror. La luz azulada de la habitación parpadeó durante unos segundos más hasta que volvió a iluminar el rostro espantado de Gunnarr.

La explosión había sonado a unos pocos cientos de metros de allí.

—¿Está bien? —se aseguró Gunnarr, mientras sujetaba a la mujer y la sentaba en el butacón junto a la cama.

—S-sí —contestó ella, todavía desorientada por la violencia de la detonación.

Después salió corriendo a un pasillo que era puro caos, buscando el origen de la explosión.

Dos enfermeros cubiertos de ceniza blanca se cruzaron con él sin apenas verlo, tal vez huyendo, tal vez en *shock*. Otros cuatro corrieron hacia el ala norte, donde al parecer había estallado el mismo infierno. Donde hacía un momento sonaba una música capaz de entibiar el alma, ahora había desconcierto, luces de emergencia en los pasillos oscuros, un inquietante olor a hoguera y un molesto polvo en suspensión que obligó a Gunnarr a avanzar a ciegas hacia el cuarto adonde habían subido a su tío Nagorno después del trasplante.

Gunnarr tuvo que detenerse durante un segundo, apoyar la

espalda en una pared y restregarse los párpados para apartar el polvo de sus ojos irritados. Tosió con rabia, tomó aire, pese a que odiaba el olor a fuego, y continuó caminando hacia el infierno del ala norte, aunque todo el mundo corría en dirección opuesta y, cuando se cruzaban con él, le golpeaban el hombro en su desesperación por salir más rápido.

No lo dejaron pasar; miembros del equipo de seguridad habían acordonado ya la entrada al ala con sus cintas de plástico amarillas. Se escucharon sirenas que anunciaban la llegada de varios camiones cisterna. Los bomberos no tardarían en hacerse con el escenario donde minutos antes había estallado la bomba.

—¡Soy familiar de uno de los enfermos!, ¡denme alguna información! —reclamó a gritos en el mostrador más cercano, donde la confusión de los propios pacientes mantenía ocupados a los miembros del personal de la clínica.

Nadie le respondió, nadie le prestó atención. Era demasiado pronto como para dar un primer parte.

Finalmente, todos fueron obligados a abandonar el ala norte. Algunos enfermos fueron evacuados en camillas, los familiares ayudaron con los traslados. Gunnarr buscó entre los rostros a su abuelo Lür. Descartados su padre y Marion Adamson, que ya habían abandonado el edificio antes de la explosión, y su tío Nagorno, que no podía haberse salvado pues todavía yacía convaleciente en su *suite* de lujo, solo quedaba por saber si Lür había escapado con vida de aquella masacre.

Pero no lo vio, y decidió cambiar de estrategia y seguir a una pareja de bomberos que regresaban del pasillo en llamas donde minutos antes, en la habitación más exclusiva de todas, descansaba su tío Nagorno. Caminó tras ellos hasta que doblaron una esquina y se sentaron junto a unos sofás de la sala de espera a descansar. Gunnarr se quedó de pie, oculto tras la esquina, escuchando la voz ronca de uno de ellos.

—Cinco cuerpos calcinados en la última habitación. No hay más víctimas mortales. Tres pacientes en urgencias por inhalación

de humo. Pudo ser una bombona de oxígeno, habrá que llamar a la policía científica para que investigue. Extinguimos lo que queda y sellamos toda la zona.

—¿Hay riesgo de derrumbe? —preguntó su compañero.

—No lo creo. Vamos, demos parte y entremos otra vez.

Gunnarr marchó en silencio antes de que los bomberos pudieran sospechar siquiera que un vikingo de mil doscientos años había estado espiándolos.

«Cinco cuerpos calcinados en la habitación de tío Nagorno. ¿Cinco cuerpos? El abuelo Lür, tío Nagorno... ¿Quiénes eran los demás? ¿Personal sanitario, doctores, enfermeras...? ¿Por qué cinco?».

Y entonces cayó en la cuenta: ¿era Adriana uno de los cuerpos carbonizados por la explosión?